

Reflexiones de un joven católico en el II Encuentro Mundial de Movimientos Populares

Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. 7-9 de julio de 2015

Parfraseando al Cardenal Peter Turkson, Presidente del Consejo Pontificio “Justicia y Paz” de la Santa Sede, quien inauguró el encuentro en Bolivia, estoy consciente de que el mundo necesita un proceso de cambio, pues la sociedad lo anuncia a gritos y, por ello, hoy la Iglesia se une a ese grito procurando unir los esfuerzos de los pobres y excluidos que luchan por sus derechos.

Sin duda, esta constatación que hacen los representantes de la Santa Sede y de la jerarquía de la Iglesia, uniéndose a la voz de tantos hombres y mujeres que han luchado —y siguen luchando— por decenas de años por la reivindicación de su dignidad como personas, ante un sistema estructural aplastante, degradante, que saquea la tierra y vulnera la vida social, se convierte en un gran paso, un paso fundamental, para restablecer la amistad y el diálogo entre la Iglesia y el mundo.

La experiencia vivida en Santa Cruz de la Sierra se constituye, para mí, en un quiebre en mi concepción del mundo. Si bien, desde mi formación y experiencias de vida he sido muy consciente de las injusticias sociales que suceden alrededor, las implacables negaciones a que nos somete el sistema socioeconómico, y la enajenación propia que proviene de él, este acontecimiento de quiebre personal, o punto de inflexión, me ha hecho comprender y palpar en *carne viva*, desde una mirada más amplia—latinoamericana y mundial, inclusive—, todo el esfuerzo que los movimientos sociales y populares realizan de forma invisible en medio de sus contextos sociales, aun cuando sus líderes o ellos mismos son perseguidos, encarcelados, torturados o asesinados.

Por eso, hoy, con más fuerza y convicción que antes, me uno a la voz del Papa al decir: “*¡Queremos y necesitamos un cambio!*”. Un joven católico no puede estar al margen de estos procesos y de estos gritos de la sociedad. Sería como estar al margen de la sociedad, si es que eso fuera posible. Sería como vivir en una burbuja, sin conexión con nadie, lo que lo deshumanizaría, lo llevaría a negarse a sí mismo, a ser un desconocido del mundo. Repito con el Papa, y los movimientos sociales y populares: “*¡Queremos y necesitamos un cambio!*”.

Pues bien, este cambio nos obliga, y me obliga, en conciencia, a ser parte integral de él. NO puedo quedarme de brazos cruzados esperando que alguien logre el cambio anhelado. Ninguno puede quedarse en esa situación. Como dijo el Papa en Bolivia: “*Podemos hacer mucho. ¡No nos achiquemos!*”.

Sé que, como jóvenes, podemos hacer mucho. Tenemos la energía, tenemos las capacidades, tenemos las habilidades, tenemos el conocimiento, tenemos los deseos, tenemos las metas, tenemos el apoyo, tenemos claro el camino... ¿Qué nos falta? Creo que solo la constancia. En el día a día proyectar el cambio, porque este es un proceso. No se trata de algo que viene de golpe y que, mágicamente, cambiará las condiciones de los pobres y excluidos. Fui testigo de ello,

de lo que los propios protagonistas de los mismos han venido construyendo hace 5, 10, 20, 30, 40 años, o más. Solo nos falta embarcarnos, querer iniciar este proceso de cambio, y ser constantes y consecuentes.

Como joven católico, debo *“hacer lío”*, pero ser responsable constantemente de las consecuencias que ese *lío* origina. Debo ser un *“sembrador del cambio”*, porque mi fe en Jesucristo es revolucionaria e implica el cambio para la sociedad. No se trata de una convicción política, de una ideología económica, o de un entramado cultural. La fe en Jesucristo es eso y mucho más. Por ello, en la fe en Jesucristo se siembra el cambio, el cambio que trae la esperanza de un mundo mejor. El cambio que se hace en solidaridad, una solidaridad que es al mismo tiempo local y global.

El obispo de la diócesis de Goiás, Brasil, DomGuilherme, lo resumió de una manera sencilla y profunda el segundo día del encuentro: *“La desigualdad no proviene de Dios, sino de la acción humana”*. Es por ello que mi acción debe contribuir a generar igualdad entre los hombres y mujeres, procurando acompañar y ser protagonista del proceso de cambio social que busque que no haya *“ningún campesino sin tierra, ninguna familia sin techo, ningún trabajador sin derechos”*.

Juan Tapia Contreras.